

Viajeros románticos en la Feria de Ronda

Por **Faustino Peralta Carrasco**

Director de “Memorias de Ronda” y Presidente del “Centro de Estudios de Ronda y la Serranía”.

Para que un pueblo aprecie la tierra en que vive tienen que habérsela descrito, o contado o pintado antes.

Miguel de Unamuno (Discursos y artículos).

Sabemos que la Real Feria de Mayo fue concedida a nuestra ciudad por la reina Juana La Loca en 1509 y refrendada por su padre Fernando El Católico. Esta feria, que servía principalmente para la compra-venta de ganado y otros productos agrícolas y artesanales muy variados, a lo largo de los siglos alcanzó una gran fama y se celebraba en la parte alta de la ciudad, por lo que toda Ronda durante esos días era una gran Fiesta. A mediados del siglo XVIII esta feria empezó a oficiarse por partida doble, nace otra con motivo de la montanera del cerdo, y así surge la llamada Feria de Septiembre. Pues bien esta última se celebraba anualmente en el barrio de San Francisco, hasta que en 1882 se decide por el Consistorio rondeño se traslade también al Mercadillo, argumentando que con la recalada de la canícula en las afueras de las murallas, el lugar era propenso a que se prendiera y transmitiera el cólera, debido al hacinamiento de animales y personas, a la deficiente aireación, y a la falta de higiene y de infraestructuras adecuadas. Sabemos que los vecinos de El Barrio no cedieron en su empeño en la recuperación de “su feria” y con el tiempo consiguieron una nueva en el mes de octubre, en la festividad de San Francisco, tal y como se celebra hoy en día, y por eso también a su feria le llaman y se anuncia como Real, porque es la que tradicionalmente se venía celebrando en este barrio desde que la Real Feria Franca de Ganado de Ronda se dividió en dos. Muchos años después, allá por 1954, se llevó a cabo una corrida homenaje con motivo del bicentenario del nacimiento de Pedro Romero, con los toreros vestidos a la vieja usanza, que a pesar del éxito obtenido no volvió a repetirse hasta 1957, a partir del cual se convirtió en una corrida tradicional, la “Corrida Goyesca”, que provoca, en cierta manera, se le cambie el nombre a la Feria de Septiembre, dentro de la cual se celebra el que se ha convertido en el gran acontecimiento taurino de año, y a principios de los sesenta se la denomine como “Feria y Fiestas de Pedro Romero”.

Pues, como decíamos al principio, la Feria de Ronda era una de las más concurridas y famosas de Andalucía y tenemos muchos testimonios de ello, por diversas crónicas y letrillas flamencas, y también porque muchos de los viajeros románticos europeos y norteamericanos de los siglos XVIII y XIX dejaron constancia en sus escritos y diarios como tenía lugar este acontecimiento en nuestra ciudad, a la que acudían durante esas jornadas para participar también de la fiesta. Estos viajeros pedían recomendación para elegir la mejor fecha para visitar Ronda, y claro el consejo en muchas de las ocasiones era que a Ronda había que venir en Feria, por el clima, por la fama de la fiesta, y porque la Serranía se presentaba realmente hermosa.

Pero antes de adentrarnos en sus narraciones vamos a introducir nuestro recorrido con la descripción que **William Jacob** hace de las vestimentas, costumbres y características físicas de los rondeños allá por 1810: “Las mujeres suelen llevar vestidos amplios, de tal manera que es difícil precisar sus figuras. No usan sombreros, sino velos confeccionados con una franela azul pálido o rosa. Todos sus movimientos desprenden una gracia especial. Característico de los varones es el gorro de montera, de terciopelo negro o seda y adornado con borlas y flecos. La chaqueta es corta con botones de oro y plata y otras veces con bordados. Están muy bien proporcionados. Son robustos y activos, con una flexibilidad admirable en sus miembros, lo que sin duda contribuye a dotarlos de una agilidad sorprendente para saltar y escalar, por lo que son famosos. De alabar es la amabilidad con que tratan a los forasteros y sus modales, en general, son muy distintos de los palurdos campesinos alemanes e ingleses”. Para concluir diciendo: “...he contemplado el carácter de las personas que he conocido y, más que nada, las deslumbrantes peculiaridades de la región más pintoresca de Europa, que me han proporcionado miles de agradables sensaciones y de recuerdos en los que, con inusitado placer, me sumergiré el resto de mis días”.

Tal vez el relato más certero que sobre nuestra Feria hemos encontrado de los viajeros, sea el de un **norteamericano anónimo** que lo recoge en su libro “**Escenas de España**” (1831), en el que dice: “Las calles y entradas de Ronda ofrecían un desusado espectáculo con cientos de personas en movimiento y todas vestidas con su mejores prendas. Robustas lugareñas de luminosos ojos llevaban rosas enredadas en el cabello, negro como el carbón; sus maridos o enamorados las custodiaban, ataviados a su vez con el traje andaluz; incontables burros iban cargados de frutas y verduras o abrumados por enormes fardos de carbón; calle abajo, músicos ambulantes entonaban canciones dedicadas a su tierra andaluza; atezados gitanos no dejaban de pregonar cigarrillos, abanicos y otros objetos, de tres al cuarto que llevaban para vender; soldados de permiso, con uniformes impecables y zapatos recién bruñidos; curas de enormes sombreros y sombrías capas; también frailes de amplios hábitos de franela blanca. Tal era, a grandes rasgos, la heterogénea multitud que cubrió durante tres gozosos días todas las avenidas y entresijos de la ciudad, resarciéndose de la cotidiana monotonía de un largo año. En las afueras de la ciudad, una dilatada planicie mostraba el escogido ganado que criadores y aldeanos de los pueblos de la Serranía habían traído a la feria para venderlo o cambiarlo: lanudos merinos nacidos en las agrestes colinas de los pueblos cercanos; rudos cerdos de mirada hostil, vigilados por porqueros vestidos con pieles de oveja, con el vellón fuera. Los pastores llevaban a la vista cuernos de vaca para llamar a los componentes de los rebaños y un largo palo para castigar a los rebeldes. Notables eran los ejemplares de caballos, a los que acompañaban sus dueños, que queriendo mostrar las cualidades que los adornaban, espoleaban o dejaban ver cómo mordían impacientes las riendas. Durante los tres interminables jornadas que duró la feria, Ronda fue un escenario único en el que se confundieron las prisas de los negocios fugaces con la alegría popular más desenfundada. Violinistas ciegos, titiriteros y guitarristas recorrieron la ciudad apabullando con su arte, tanto como lo hicieron los actores ambulantes, asombrando a rondeños y montañeros en funciones nocturnas de precio moderado: doce cuartos la entrada. Los carteles que anunciaban el espectáculo eran tan aparatosos como el de la corrida, en la que se iban a torturar y matar a seis toros criados en las mismas montañas de la Serranía de Ronda”.

El descubridor para la Botánica del pinsapo, el suizo **Charles Edmond Boissier**, llega a España en 1837 para estudiar la flora del sur de nuestro país. A este viajero investigador le habían alabado tanto la Feria de Ronda, “verdadera festividad para los habitantes de Andalucía”, que renuncia a otros proyectados viajes para dirigirse a nuestra ciudad, acompañado de un guía rondeño, que vuelve a su tierra. Salen de Gibraltar para atravesar toda la Serranía con la ayuda de unos mulos, hay mucho ajeteo en los caminos y en los pueblos cuyos habitantes se dirigen a la Feria de Ronda, lo que hace desconfiar al guía porque nunca se sabe con que intenciones forasteros y paisanos acuden a la capital de la Serranía. Pero el encuentro del guía con unos conocidos, los tranquiliza y llegan hasta aquí sanos y salvos después de unos cuantos días de duro camino. Llegan al anochecer del 21 de mayo, fecha en que empieza la feria de la ciudad del Tajo, de la cual le habían hablado mucho y para la que tiene verdadera curiosidad por ver sus célebres corridas de toros y gozar del espectáculo animado que presentan en esta época la ciudad y sus alrededores. En el periodo de tiempo en que discurre este capítulo de su libro, Boissier tendrá el primer contacto con los pinsapos en su medio natural.

El viajero inglés **Cook Widdrington**, en un segundo viaje, se dirige a Ronda desde Zahara de la Sierra (1843), la Feria de Ronda ya había comenzado, por lo que encuentra el camino raramente poco frecuentado: “Entre Zahara y la cumbre del puerto gozamos de una vista clara, arriba, a la derecha de San Cristóbal, la masa rocosa más alta de la Serranía. Se divisa a una gran distancia desde el Atlántico, siendo punto culminante de referencia de galeones, además de para los marineros ingleses, que lo denominan ‘La Cabeza del Moro’, un nombre por el que es desconocido en Andalucía”. Como es feria y no ha previsto posada, tiene muchas dificultades para encontrar alojamiento. Finalmente se aloja en casa de un antiguo guía amigo suyo, José Zaffrán, personaje muy importante en el mundo de los caballos, en el que es reconocido como un auténtico maestro. Aquí palpa el ambiente festivo de la ciudad, que durante esos días se convierte en el centro de atención de Andalucía.

El estadounidense **Seven Teackle Wallis**, viajó a España en dos ocasiones, en la segunda de ellas en misión diplomática para negociar la incorporación de Florida a los Estados Unidos. En su primera visita (1847) llega en primer lugar a Barcelona, después a Sevilla, en mayo, donde recuerda que se están acercando las fechas de la celebración de la Feria de Ronda, que por su fama y afluencia de forasteros es lo último que le gustaría perderse. En Utrera se le suma una cuadrilla de toreros que van a actuar en la feria rondeña, de los que tiene un pésimo concepto: pícaros, mentirosos, vagabundos, bebedores, bailadores, camorristas, con todos los vicios... Son tan depravados como inteligentes, rápidos en dar respuesta, bromistas, urdidores de diabluras y engaños, gallardos jinetes y espléndidos especímenes de hombre. Están en posesión de “la sal y la gracia” que han hecho tan famosos a los andaluces, sin que tengan rivales en este campo. Son la envidia de los hombres y el oculto deseo de las mujeres. Cuando salen de Utrera los toreros montan a los caballos que van a sacrificar en las corridas de Ronda, víctimas de las astas de los toros. Todos huelen a aguardiente. Por el camino y las Ventas por las que pasan el bullicio es grande, hombres y animales se dirigen a Ronda. Con el transcurso del viaje, el trato amable y la conducta de los toreros le hace cambiar esa opinión preconcebida que tenía de ellos. Al llegar a Ronda, la multitud que esperaba a los toreros, los recibió triunfalmente. Y también es testigo de cómo las gentes, antes de

las corridas, suelen reunirse a las afueras de la ciudad para esperar a los ingleses que vienen de Gibraltar, ataviados de andaluces, ya que les encanta vestirse así para pasar como nativos, pero realmente consiguen lo contrario, ya que sus figuras con prendas tan llamativas, resaltan mucho más entre los paisanos. Los ingleses llegan acompañados de grandes caravanas, para así ir más protegidos. Lo que Ronda es, su Feria de mayo, con su bullicio, sus espectáculos y su mercado de ganado, tiene ocupado a Wallis todos los días que duran los festejos: “El entretenimiento dura tres días. En el primero, la gente simplemente mira; en el segundo, pasean a caballo; en el tercero compran y venden como posesos. Los arreos y adornos de los corceles son los artículos más demandados y los hay en abundancia. En la calle se alinean sillas de montar, mantas de abigarrados colores, imaginativas bridas, alforjas y aparejos. Unos cuantos moros han venido desde Gibraltar, con fajas de sedas, zapatillas, vistosos pañuelos y otros elementos de majo esplendor. Se les ve sentado en el interior de sus puestos, con toda la mercancía a su alrededor, mientras una multitud de campesinos apoyados en sus gruesos bastones, miran ilusionados o gastan sus ahorros con un gesto. Los talabarteros exhiben un excelente muestrario de polainas de cuero o trabajadas prodigiosamente, las negras, con hilo blanco y preparadas para usarse. El majo, vestido totalmente de fiesta, lleva sólo medias de seda y los botines atados a la rodilla y al tobillo...” (no estaría de más incorporar a nuestra actual feria algunos jóvenes vestidos de majos rondeños que acompañasen a nuestras damas goyescas).

Y Wallis continúa diciendo: “Los puestos en los que se encontraban los artículos de menos valor, se extendían desde el Puente Nuevo hasta la Plaza de Toros, llenando la calle principal una amplia superficie del mismo Puente. Se veían verdaderos océanos de malos juguetes, porcelanas, lámparas de latón y velones, la mayoría de formas etruscas y toda clase de indigestos quesos, dulces y otras golosinas. Saltimbanquis con sus violines y ciegos con sus caramillos. Grandes cosmoramas y microscopios. Y justo en lo alto de una casa de la calle principal, una bandera de lona estaba pintarrajeada anunciando una gran función que se daba dentro (se trataba del antiguo Teatro), al sonido de un organillo”. Decían que ese año no había mucha gente, aunque no podía comprender cómo podía haber más gente en Ronda, de la que había.

Otro norteamericano, Charles **Wainright March**, que viaja a España en 1852, prepara desde Gibraltar su visita a nuestra ciudad, para la que previamente envía todo lo que de más valor contiene su equipaje, muy al tanto pues de las reglas y consejos que previenen a los viajeros. Sus recelos van más allá todavía, y para ocultar su condición de extranjero, presa codiciada por los bandidos, le han hecho un traje de majo a medida: “Chaqueta corta de paño color olivo, con manga rasgadas de terciopelo rojo y borlas de plata, para echárselas al hombro; pantalón del mismo material, con doble fila de botones desde la cintura a la rodilla, un chaleco de popelina, rebosante, asimismo de plata; una camisa de cuello ‘a lo Byron’, cayendo sobre una corbata de sorprendentes colores; una faja de rica seda, botines de cuero rojizo, abiertos para dejar ver los zapatos y dos pañuelos colgando de cada bolsillo de la chaqueta”. De esta guisa ataviado le comenta su guía José: “Usted es uno de los nuestros”. Nuevamente las Ventas del camino están de bote en bote, las llenan la gente que va camino a Ronda, a su feria, y a ver a Cúchares que torea. El torero está en boca de todos. Al llegar a Ronda, sus calles

rebotan de ambiente ferial, incontables puestos en los que están en venta una variedad grande de objetos: el hermoso y delicado cuero de Córdoba, las enormes y picudas sillas moras de montar, las polainas bordadas, de paño y cuero, adornos de plata, trajes completos de majo y muchas otras cosas que sus dueños pregonan y exhiben con grandes demostraciones de entusiasmo. Pero es el mercado de caballos lo que tiene más fama y distinción en la feria. Los singulares caballos andaluces y árabes se pueden comprar a buen precio, pero hay que ser buen conocedor de estos animales sino quieres que te engañen. Pero el americano también se adentra en la atmósfera festiva que le rodea: “Estaba en Ronda, vestido de majo y quería actuar como si lo fuera. Era cierto que ni el color de mi cabello ni mi figura eran propiamente andaluces, ni mi deje recordaba siquiera a la lengua castellana; pero mis deficiencias en estos aspectos las suplía dedicando mi atención al papel que había asumido: asistir a los espectáculos, familiarizarme con los fandangos y mostrarme amable con las muchachas. Eso fue, poniendo todo mi empeño, lo que hice. Pero las alegrías del alma humana son transitorias. Mis tres días en Ronda, la máxima estancia que me podía permitir, espiraron. Contemplando su insondable abismo y su línea de murallas, volví la cabeza con tanta pena, casi, como los moros expulsados por Fernando El Católico, camino del destierro”.

Ahora la viajera es belga, se trata de la **Condesa de Robersart**, que llega a Ronda también en Feria en 1863, desde Gibraltar. Por los caminos de la Serranía se nota que se celebra la Feria de Ronda, atestada de diminutos puntos negros en las cumbres de las montañas; que no son cuervos, como cree la viajera, sino mulas abriéndose paso.

Por último, en su libro “Excursiones por las montañas de Ronda y Granada” el viajero irlandés **Charles Rochfort Scott** durante los años 1822-1834, realiza un viaje por Andalucía, y a Ronda llega también en feria, sobre la que dice que atrae a una sorprendente masa de gente, de todas las zonas del país y constituye una oportunidad excelente para examinar las peculiares vestimentas de las diferentes provincias, así como observar los distintos caracteres de sus habitantes... Esta feria permite pasar revista general a todos los estamentos sociales, y es que los festejos tiene el mérito de alentar a todas las personas que asisten a exhibir sus figuras y vestuarios. Hay que decir que son extraños los medios de que se vale el majo andaluz para ganarse las dulces sonrisas o para llamar la atención de los bellos ojos de sus paisanas...

Va a también a los toros y nos cuenta como se hacía el traslado a la plaza de los mismos (de manera sorprendentemente similar a como se hacen los encierros de San Fermín, pero sin ser corridos los toros por la gente, no estaría mal recuperar este espectáculo para Ronda, en su último tramo, sin duda sería un aliciente más a añadir a nuestra Feria): “La parte más divertida de este espectáculo es el traslado de los toros a la ciudad. Se realiza de noche y el método que se adopta es el siguiente: A los animales se les conduce desde las dehesas donde se han criado hasta el valle de Ronda, en el que se les deja pastar en las laderas de las montañas. En la noche previa a la corrida un cierto número de personas, la mayoría de ellos aficionados, viene de la ciudad provistos de largas picas para conducirlos hasta su destino último. Estas armas, sin embargo, son más para exhibirlas que para usarlas aguijoneando a los animales, sirviendo sólo como señuelos para engañarlos. Para

llevar a cabo el último recorrido, se introducen entre ellos toros mansos, que han sido adiestrados por el hombre para que guíen a sus compañeros a saciar su sed en el más limpio riachuelo y su hambre en los pastos más verdes. Los toros fiándose del pundonor de sus nuevos compañeros se dedican a disfrutar de esta deliciosa región, sin darse cuenta de que su enemigo, el hombre, aprovechándose de las sombras de la noche, los está cercando. Después, un jinete llama la atención de sus traicioneros hermanos, que trotan tras él seguidos de toda la manada. El resto de los hombres se colocan detrás, urgiendo a los toros con grandes voces y antorchas encendidas a que corran. Siguiendo los pasos de los cabestros, los animales entran en la ciudad con paso vivo y compacto orden. Como se han puesto barreras en todas las bocacalles, los cabestros se dirigen derecho al patio anexo a la plaza de toros, cuya entrada permanece abierta para acogerlos en los establos. Los toros bravos, aturdidos por la rareza de la escena, el resplandor de las luces y el estrépito de las voces, no oponen resistencia ni intentan huir, sino que, ciegamente, siguen el camino que les marcan y entran en el patio, cerrándose la puerta inmediatamente tras ellos". Rochfort Scott nos cuenta también una graciosa anécdota que ocurrió durante la corrida con un toro que saltó la barrera y pasó por encima de un aguador, que gritaba lastimosamente le había corneado, sin levantar la cabeza, confundiendo la sangre que le chorreaba mojándole su cuerpo con el agua de su recipiente roto. El pobre hombre fue el hazmerreir del público que le gritaba ¡Levántate que te vas a ahogar!, para continuar con las carcajadas del tendido que exclamaba: ¡Qué cornada! ¡Se puede ver a través del cuerpo! ¡Cuidado que viene el toro! ¡Cuidado!...